



Manantiales

Las Rebeldes de Mónica Lavín (2012)

Angélica Rubí Gómez Aro
Universidad de Colima

Entre los meses de febrero y marzo de 2013 cursé el Seminario de Cultura Mexicana: *México en la literatura, primera mitad del siglo XX*,¹ en él estudiamos la novela de la Revolución Mexicana y la narrativa de la Posrevolución, y discutimos textos de Mariano Azuela, Martín Luis Guzmán, John Kenneth Turner y John Reed, entre otros.

Llamó poderosamente mi atención el hecho de que en la mayoría de las novelas analizadas no se destacaba la participación de la mujer en la Revolución Mexicana y que las escasas referencias la colocan en un papel secundario, el cual contribuye —desde el enfoque feminista— a reforzar las conductas y prácticas de discriminación y dominación hacia el género femenino.

Esto es comprensible hasta cierto punto, si analizamos la novela de la Revolución Mexicana en su tiempo y su contexto. No obstante, quedaba en mí una cierta desazón por no haber encontrado en esas lecturas la reivindicación de la mujer en una revuelta armada tan importante para el país, pues si bien la mayoría de los revolucionarios fueron hombres, también hubo mujeres valientes, arrojadas, diferentes, que se atrevieron a desafiar las imposiciones sociales y abrieron camino para la participación de la mujer en asuntos que le fueron negados durante varios siglos.

¹ Fue impartido por la Dra. Verónica González Cárdenas, dentro del doctorado en estudios mexicanos que actualmente curso.



En este mar de reflexiones y sentimientos me encontré con la novela de Mónica Lavín titulada *Las Rebeldes*, donde aborda la historia de varias mujeres que participaron en el movimiento armado y, en busca de satisfacer el interés que había despertado en mí el seminario recién cursado, me dispuse a leer y disfrutar dicha obra.

Mónica Lavín es bióloga de profesión, pero se ha dedicado al periodismo y la creación literaria, lo que le ha valido numerosos galardones y reconocimientos por la calidad de sus obras, entre ellos el Premio Iberoamericano de novela "Elena Poniatowska" 2009, por su primera novela de corte histórico titulada: *Yo, la peor*, que aborda la vida de Sor Juana Inés de la Cruz.

Las Rebeldes, publicada en 2012, es la segunda novela de corte histórico de Lavín y es el resultado de un acucioso trabajo de investigación y recopilación de información documental y autobiográfica que la propia Leonor Villegas se encargó de ir armando con la intención de que algún día se publicara la historia de la organización *La Cruz Blanca Constitucionalista* y la de muchas otras mujeres que desempeñaron un papel importante en la Revolución Mexicana.

La trama se fue tejiendo en la mente de la escritora luego de conocer los relatos sobre una mujer radicada en Laredo, Texas, que hacia 1913 transformó su casa en un hospital que brindaba atención médica a los soldados del ejército constitucionalista y que habían sido heridos en territorio mexicano. Valiéndose de su ingenio, Leonor Villegas, fundadora de la Cruz Blanca Constitucionalista, trasladaba a los heridos hacia territorio norteamericano haciéndolos pasar por muertos, dentro de unos ataúdes para que no los capturarán los huertistas, y luego los curaba.

La novela está estructurada en varios capítulos cortos que hace más ágil su lectura; así, con una redacción profundamente descriptiva, clara y atractiva, la autora retrata las vidas de aquellas mujeres integrantes de la Cruz Blanca Constitucionalista, que trabajaron, apoyaron y lucharon, al lado de personajes como Venustiano Carranza, Felipe Ángeles y Francisco Villa, entre otros, como podemos leer en las siguientes líneas:

Adela con su belleza insolente, la teniente coronel María de Jesús ocultando sus senos rosados, Aracelito preparando la hipodérmica, Aurelia consolando con una canción. Lily entablillando una pierna, Jovita vendando una cabeza, Trini tomando un telegrama, Antonia comprando los uniformes, Leonor organizando las brigadas (Lavín, 2012: 1).

La protagonista de la novela es una mujer vital que no se conforma con ser espectadora de la Revolución sino que quiere formar parte activa del movimiento armado, de ese caos que afecta su modo de estar en el mundo. Leonor Villegas es una mujer que siente, que vibra con las emociones, que se indigna frente a la traición y las injusticias, y se empeña en vivir de manera activa y profunda su propia historia, que bien puede ser la historia de muchas otras mujeres que también participaron en la lucha y han pasado desapercibidas para la Historia oficial, entre otras razones, porque ésta ha sido escrita por hombres principalmente y por algunas mujeres, aunque la mayoría de las veces sin una conciencia de género.²

Sin proclamarse feminista ni activista, Mónica Lavín recupera en su novela la visión de género, pues en Leonor, de esbelta figura y rasgos finos, están representadas la valentía, la pasión y la convicción ideológica que poseían las soldaderas mexicanas, pero también las preocupaciones, el dolor y el sentimiento de culpa de las madres que se veían obligadas a dejar a sus hijos bajo el cuidado de familiares para dedicarse de lleno a la atención de los heridos.

Jenny Page, otra de las protagonistas, es un personaje ficticio que crea la autora pero que bien podría ser cualquiera de las muchas enfermeras o reporteras que realmente participaron en la revolución y, al mismo tiempo con este personaje, nos da cuenta la autora de las formas diversas en las que participaron también extranjeros en la Revolución Mexicana.

² Utilizo el término "conciencia de género" como una perspectiva crítica de análisis de la historia que busca identificar en todo momento las formas de opresión y discriminación de la mujer.



Una joven México-Norteamericana de diecisiete años que quería ser periodista y que comienza a reportear en la Revolución Mexicana y a participar en la Cruz Blanca Constitucionalista, pero que luego abandona ambas tareas para vivir una historia de amor imposible, de esas que duelen en el corazón y en el cuerpo, porque no se puede concretizar la caricia del amor distante.

Después de muchos años, la joven retomará el periodismo para cumplir los deseos de Leonor, ya fallecida, quien tiempo atrás le envió una carta y un paquete de fotografías y testimonios de mujeres que participaron en la organización. Incluso en la novela se deja entrever que Leonor Villegas ya antes había intentado escribir la historia de manera autobiográfica, pero al parecer no la publicó. En su misiva, le pide a Jenny:

Escriba esta historia. Recuerdo que usted era una joven con la idea de ser periodista. Se acercaba al fotógrafo Eustacio Montoya para encontrar las palabras que acompañaran sus fotos. Recuerdo también que era torpe para aplicar inyecciones y que alguna vez lloró con la muerte de un hombre en su regazo. Yo quise unirme a la llamarada. Con lo que podía hacer, con lo que era necesario. No me bastaba mi vida Jenny Page. Si este paquete la encuentra con salud y ánimo, es necesario que alguien escriba la historia que no ha sido contada ni publicada ni es visible porque no es la historia de las batallas ganadas, perdidas, de las traiciones y el poder que va cambiando de dueño. Escríbala por mí, Jenny Page (Lavín, 2013: 13).

Ante tal solicitud, que la enfrenta a los recuerdos del pasado, a aquél amor imposible y a su deseo demorado de ser periodista, Jenny Page relata su propia historia, la historia de Leonor y la de otras soldaderas. En tal sentido, Jenny es un narrador-personaje.

A diferencia de la mujer de Demetrio Macías —el protagonista de Azuela en su novela *Los de Abajo* (1995)— en que la mujer es representada como una ama de casa abnegada y sufrida que con el hijo en brazos llora la partida de su hombre por unirse a las filas de la revolución, Mónica Lavín esboza una mirada femenina sobre los sentimientos, reflexiones y preocupaciones, propias de las mujeres revolucionarias, entre las que se encontraban intelectuales, progresistas, enfermeras, maestras y periodistas.

Con su escritura, Lavín reivindica el papel activo que tuvieron las mujeres de la Cruz Blanca Constitucionalista en la Revolución Mexicana, el cual ha sido ignorado por el Estado, pues al reconocer formalmente su participación en la lucha armada se vería obligado a incluirlas en la nómina de pensiones. Por esta razón se sabe que muchas mujeres que participaron en la revolución se cambiaron el nombre y la identidad, adoptando un nombre masculino, y al concluir la lucha armada decidieron mantener oculta su verdadera identidad femenina por temor a perder ese pequeño ingreso, ¡una triste recompensa por haberse entregado en cuerpo y alma a la causa revolucionaria!

Referencias bibliográficas

- Azuela, M. (1960). *Los de abajo*. 2ª ed. México: Fondo de Cultura Económica.
Lavín, M. (2012). *Las Rebeldes*. México: Editorial Grijalbo Mondadori.

Angélica Rubí Gómez Aro

Correo electrónico: rubigomez_aro@hotmail.com

Mexicana. Es profesora de la Facultad de Trabajo Social de la Universidad de Colima y estudiante del doctorado en Estudios Mexicanos del Centro de Estudios Superiores e Investigación (CESI).

